

FALTA
PAGINA

FALTA
PAGINA

habían sido cumplidas y, por lo tanto, no se corría el riesgo de una sorpresa.

—Hay que reconocer, amigo Diego Núñez, —decía el conde, — que esos perros infieles se han batido bien.

—Pero, al fin, lograremos humillar su arrogancia.

—Sin embargo, el sitio se prolonga y precisa hacer algo extraordinario, algo que hiera la mente de esos sectarios de Mahoma y ponga pavor en su ánimo.

—¿Lo habéis ideado ya?

—Mañana lo veréis, —repuso el conde.

Alfonso VI acordó, al siguiente día, no emprender por el momento ninguna operación de importancia; entonces el conde se presentó al monarca y le pidió permiso para cumplir un voto que había hecho.

—¿En qué consiste? —preguntó el soberano.

Pedro Ansúrez expuso su pensamiento, que arrancó al Rey esta exclamación:

—¡Pero eso no es un voto, sino una locura que va á hacerme perder uno de mis mejores capitanes!

—Con el auxilio de Dios, no será así.

Cuantas reflexiones hizo el monarca fueron inútiles, y al fin, hubo de conceder el permiso con tanto afán solicitado.

El conde, radiante de alegría, vistióse de punta en blanco, armóse de todas armas, hizo enjaezar en guerra su más brioso corcel, y solo, sin ayuda de nadie, encaminóse en derecha á la puerta de Visagra, como si ésta se hallase abierta y como si aquél fuese á dar un tranquilo paseo.

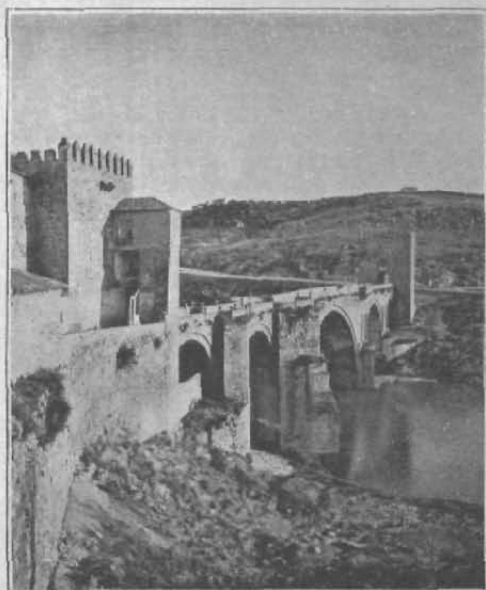
Los moros que coronaban las almenas mantuviéronse quietos al principio, creyendo que sólo se trataba de un paladín que iba á

desafiar á singular combate á alguno de los suyos, cosa entonces común y corriente; pero, al ver que Pedro Ansúrez proseguía imperturbable su camino, á pesar de hallarse ya en sitio desde donde podía ser escuchada su voz, comenzaron á alborotarse y adoptaron una actitud hostil. Por vía de aviso, fueron lanzadas algunas flechas contra el temerario, quien entonces espoleó su corcel, llegó hasta la puerta de Visagra y comenzó á descargar furiosos hachazos en torno de los aldabones que la adornaban.

Atónitos un instante los moros, no tardaron en repónerse de su sorpresa é hicieron caer sobre Pedro Ansúrez una verdadera lluvia de piedras y flechas; pero el conde, tan atrevido como afortunado, logró falsear el asiento de los aldabones; haciendo un poderoso esfuerzo, los arrancó de la puerta y, volviendo grupas, regresó con ellos al campamento cristiano, entre los denuestos con que los moros exhalaban su impotente cólera y los vítores y aclamaciones de las huestes alfonsinas.

Pocos días después, el 25 de Mayo, rendíase la ciudad, y Alfonso VI penetraba en ella con sus tropas por aquella misma puerta mutilada merced á la hazaña del conde Pedro Ansúrez.

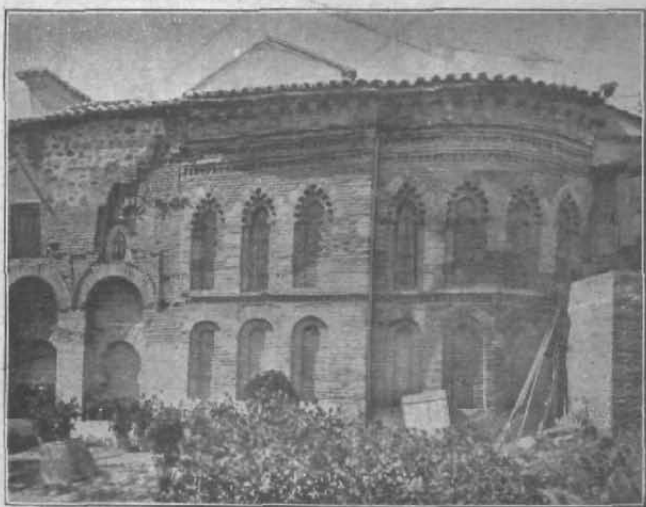
EDUARDO BLASCO



PUEBLO DE SAN MARTÍN.



PUERTA DEL SOL.



ABSIDE DEL CRISTO DE LA LUZ.

Fotografías de Hauser y Menet.

LA ESPERANZA, GRAN SASTRERIA

JUANITO Losada se graduó de licenciado en jurisprudencia y se dijo: ¡Eal ya soy abogado. Conozco de vista todo aquello que, conocido á fondo, haría de mí un sabio: derecho romano, derecho natural, derecho civil, derecho político, derecho administrativo, derecho penal, derecho canónico, derecho internacional, derecho comparado, historia del derecho, filosofía del de-

recho, literatura del derecho y hasta medicina del derecho. Pues, con tamaña ciencia, y con mis doce años de estudio, ó á lo menos de carrera, no sé plantear un pleito ordinario ante el último juez de España; ni aunque yo lo supiera habría litigante que encomendara su defensa á un abogado novel. La profesión de Papiniano se ha convertido en escuela de la poli-



tica y gaje de la nombradía, y en cada ciudad, cada bando tiene su jurisperito, que es á la vez su diputado y su agente de negocios públicos y particulares. Conque, una de dos, ó tengo que comerme los libros, ó tengo que contratarme de pasante en el bufete del cacique político-jurídico de la provincia.

Y como no le conviniera ni una ni otra resolución, tomó la que toman muchos escolares al salir del claustro universitario; la de colgar el derecho para mejor ocasión y buscarse por otros caminos un nombre protector. Y el camino que parece y aún ha sido en ocasiones, más llano y más corto que otro alguno, es el de la política y el periodismo.

Juanito entró como pudo y cuando pudo en la redacción de un periódico, y además se buscó un padrino: condición necesaria en estos desafíos que la ambición riñe con la suerte.

Presentóse en su nuevo escenario con una buena levita: la que había estrenado en el acto solemne de su licenciatura. Por entonces la levita estaba flamante. Con ella visitaba á su padrino y con ella iba á la redacción. Aunque no tenía otra, la usaba á diario y á todo trapo, en la esperanza, y casi seguridad, de sustituirla con otra mejor todavía. Había que presentarse con todo el decoro de la profesión... y de las ilusiones.

¿Qué importaba gastar y romper una levita, á quien pronto vestiría dorados uniformes cubiertos de placas y bandas multicolores?

Esto vino á decir á su amigo más cariñoso y condiscípulo de la carrera, Antonio Borja, cuando después de ocho años de vida común, se separaron para tomar caminos bien diferentes. Juanito se aventuraba por revueltas y encrucijadas propicias á las sorpresas y á los azares. Antonio iba paso á paso por carretera vecinal, modesta, pero segura y tranquila. No llevaba á grandes alturas: tampoco á precipicios: llevaba ciertamente á la feliz mediocridad. Antonio establecería su

bufete de abogado en una villa cabeza de partido y de distrito electoral, residencia de su familia.

—Tú harás carrera,—dijo Antonio á Juan, viéndole revolver periódicos y hablar de personajes.—Me alegro por ti; y por mí, porque algo me tocará.—Antonio creía de buena fe que Juan podría protegerle.

—Y tú, quizás me serás útil. Por donde vas se llega también al poder: al poder, chico, al caciquismo. Y puedes irme preparando un distrito electoral.

Cuatro años después, Antonio, llegado á Madrid para negocios de su profesión, visitó á Losada. Habíale extrañado ya no verlo incluido en ninguna combinación de cargos públicos de las muchas á que los frecuentes cambios de gobierno dieron lugar. Pero le sorprendió más, encontrarle desaliñado y mal vestido, cosa estúpida en Juanito que gustaba del boato, y presumía siempre de elegancia, y no vanamente, porque la tenía en su persona correcta y distinguida.

Antonio, apesadumbrado con pesar verdadero porque le quería mucho, le dijo, mirándole de alto á bajo.

—Veo, que...

—¿Qué ves?—respondió Juan cariñosamente, ofendido por la observación.

—Pues francamente, veo un sombrero muy deslustrado y con asomos de calvicie: veo una ropa muy raída y unos tacones muy torcidos.

—¿Y qué?

—Que no has prosperado todo lo que queríamos.

—Está al caer, está al caer la fortuna: cuestión de días. ¿Qué importa pasarlos medianamente cuando se espera llegar?

—Menos mal, hijo. Siquiera no padeces. Tienes el bienestar mejor: el del espíritu.

—Completo. Te repito que la suerte está al caer. Precisamente hoy me ha llamado mi hombre. Voy á vestirme para verlo. Ven conmigo á casa.

El cariño de Antonio recibió un consuelo al oír cómo Juan hablaba de vestirse. Parecía evidente que tenía otra ropa mejor que la puesta, la cual, sin duda, era el traje de faena del periodismo militante.

Pero el traje de gala no le superaba. Antonio reconoció la histórica levita de Juan, hermana de la suya. Ambas cortadas y cosidas por el mismo sastre y para la misma ceremonia. No obstante su visible deterioro, Juan debía de considerarla como prenda riquísima puesto que, mirándose al espejo, se contoneaba con ella, mientras la cepillaba con esmero inútil, y aún perjudicial, porque el frote del cepillo, antes sacaba la hilaza que las manchas del tejido, abrigando con ese

brillo parduzco de ala de mosca que el tiempo imprime indeleblemente en la ropa, como pátina de su antigüedad.

—No creo que esté mal la levitilla. ¿Eh? ¿qué te parece?

—Que podía estar peor todavía.

—Sobre todo, para lo que le queda de servicio... Cosa de semanas; de pocas semanas. Bien puede aguantarlas con decoro. Después la tiraré al arroyo para los trapeiros. No, tirarla no; merece el respeto de los monumentos históricos. La guardaré como trofeo y memoria de los tiempos de lucha: como las casas grandes conservan el arnés de guerra de su fundador.

¡Y qué ropa me voy hacer! Hay que vengarse de estas escaseces. Lo primero un frac... no; dos. ¿Qué menos ha de tener un hombre de mundo? Dos cada año, por supuesto; y no son muchos para usados á diario. Luego, el medio vestido: el smoking. Y las dos levitas para las tardes: el chaquet para las mañanas: el gabán largo; el gabán corto; el de pieles para las noches. En fin, una sastrería completa. Ya verás, ya verás. De esta conferencia puede resultar todo: un acta que es todo, porque en política, quien no es diputado no es nada.

—¿Y por qué no te la dió tu hombre cuando fué ministro?

—Realmente fué un ministro en crisis desde que juró. Nunca estuvo enteramente conforme con aquella política: la aceptó por patriotismo y dimitió en cuanto pudo hacerlo. Me ofreció destinos: no los admití por insignificantes; yo carecía de condiciones legales para los que merezco. La ley ha cerrado la puerta al favor, pero á la vez al talento. No quiero vender mis derechos y servicios por un plato de lentejas. Por eso me empené y sigo empeñado en obtener el acta: la llave de los gobiernos civiles, de las subsecretarías, de las legaciones diplomáticas.

—Ya veo que sigues empeñado y en mal camino para desempeñarte.

Y después de una comida cuya frugalidad excesiva contrastaba ridículamente con la bambolla de embajadas y subsecretarías, ambos amigos salieron de la casa, que era de huéspedes, de á diez reales diarios y no siempre efectivos ni puntualmente pagados. Antonio remedió con espontánea delicadeza algunos apurillos. Y fué de ver el aplomo, realmente sincero, con que Juan, en agradecimiento, ofrecía protección á quien acababa de socorrerlo, y tenía y valía más que él. Porque el abogado rural, sabiendo que el estómago no da esperas, prefirió ganar poco de presente, á mucho de porvenir. No aguardaba uniformes ni bandas; pero no carecía de buena ropa burguesa.

* *

Pasaron años, corrieron temporales políticos, mudaron hombres y cosas. Sólo Juanito permanecía parado, inmóvil, pero esperanzado y alegre. Siempre en su periódico, siempre con su mismo sueldo escaso, siempre en su pobre hospedaje, siempre en su tertulia y siempre con su levita. Como él estaba en el mismo lugar donde empezó, creía que nada ni nadie se había movido, ni pasado. No se enteraba de que iba encaneciendo, ni echaba de ver la decadencia de su levita.

* *

Seis años más tarde, el periódico donde Losada había consumido esterilmente su juventud, anunció la muerte de su pobre redactor. Murió de tisis, la enfermedad que, como el opio, hace soñar al alma en viajes y placeres mientras va matando el cuerpo. Fué muerte propia de aquel invencible soldado de las ilusiones. El gladiador muere envuelto en la nube de polvo que le nubla los ojos, esperando que ha de vencer, oyendo el aplauso y la aclamación de la muchedumbre. Así acabó nuestro hombre: envuelto y cegado por el polvillo de oro de la esperanza sempiterna. Y así vivió alegre, feliz, sin un día negro, en medio de sus años de miseria que tantas tristezas merecían. Fué enterrado



casi de limosna, con el acompañamiento de algunos compañeros en la prensa y con su levita por mortaja. ¡Quién le dijera que habían de amortajarlo con aquella levita por no tener otra! ¡Quién le dijera que había de ser cobertor de gusanos aquel paño con que él se consideraba bien vestido, tan bien vestido que le vistió hasta en su muerte!

¿Y por qué consideraba buena y limpia y hasta elegante aquella prenda antigua, sucia y destrozada? Porque todos los días esperaba tirarla y sustituirla.

La levita era un símbolo del carácter de Juan: cubría un pecho lleno de ilusiones que contrarrestaban la enfermedad que lo consumía. Y la esperanza y las ilusiones visten al espíritu con ropajes espléndidos de su guardarropía teatral.

Gracias á esa ceguera dichosa Juan tuvo siempre una levita nueva sin tenerla, y una alegría inagotable sin motivo para alegrarse. Esperando siempre mejorar de vestido y de fortuna, no conocía la vejez sucia de la levita, ni la cara triste de su pobreza. Nunca sintió esa

desnudez que hiela á las almas desencantadas. Le vestía á su antojo y capricho un habilísimo sastre que agranda lo pequeño, recose lo roto, reforma lo usado, y da fortaleza á lo gastado: la esperanza. La esperanza, gran sastrería, donde á pesar de su baratura, no pueden á veces vestirse los poderosos y soberanos de la tierra.

EUGENIO SELLÉS

A la inauguración de PLUMA y LOPIZ

Es tan hermoso instrumento
el de una sublime imprenta,
que es cada caja una lira
que tiene signos por cuerdas
Pronto á lanzar van su canto
estos moldes y estas letras,
que han de verter sobre el mundo
fecunda lluvia de ideas.
Dentro del molde oprimido,
ordenadas y sujetas,
se ven las páginas mudas
que trazó la pluma diestra.
Al lado del periodista
se expresa el hombre de ciencia,
y siguen al juicio crítico
las estrofas del poeta.
El vapor está esperando
atravesar las arterias
de la máquina briosa
que trepida de impaciencia.
Ya sus músculos se extienden,
ya raudas giran las ruedas,
y los rolos removidos,
sobre el molde se pasean.
Impecable cual la nieve,
limpia cual pura conciencia,
la primer hoja desliza
su tersura por las letras.
Vedla salir, pregonando
pensamientos y sentencias,
y mostrando á la mirada
líneas blancas, líneas negras.
Sobre esos finos renglones
se inclinarán las cabezas,
meditando en cada estrofa,
meditando en cada idea.
Como el aire lleva el pólen
que fecunda las palmeras,



esas hojas, esas alas,
fecundizan las conciencias.
Ellas, cruzando los mares
y salvando las fronteras,
esparcen en torno suyo
con singular elocuencia
de la fe el grato perfume,
del amor las notas tiernas
y recuerdos de la patria
que á los ausentes consuelan.
En ellas, volante archivo
de famas propias y ajenas,
van de un continente al otro,
proclamando su excelencia,
las invenciones del sabio,
del magnate las preesas,
del artista las creaciones
y del héroe las proezas.
No ha de mancharlas el odio
ni ha de ajarlas la vileza
ni ha de tiznarlas la envidia
con el carbón de su lengua
Esas alas, esas hojas,
han de ser todo pureza,
porque son sol de las almas
y sol de la inteligencia.
En quien las manche, el desprecio
caiga como un anatema,
y los dedos le señalen
con oprobio y con vergüenza.
Porque es tan noble instrumento
el de una sublime imprenta,
que es cada caja una lira
que tiene signos por cuerdas.

SALVADOR RUEDA

Orla de J. PASSOS.



DE VER AL SEÑOR CURA.

MANCHAS de COLOR

LA SERPIENTE DE PLATA

MUERTA de susto y medio asfixiada, aquella araña llegó al techo, después de una ascensión penosa.

—¿Qué ocurre, vecina?— dijo otra araña negra y ventruda, volando en su auxilio y abandonando la caza de una mosca verde, que brillaba como una esmeralda en una mancha de sol que había en la pared, frente á la ventana, cubierta de florida madreSelva.

—Una cosa horrible,— contestó la interpelada.— No, lo que es hoy le aseguro á usted que he nacido; el terror había paralizado todos mis movimientos, y en un tris estuve de morir abrasada.

—Pero, ¿qué ha sucedido, vecina?

—Déjeme usted tomar aliento, señora. ¡Ay! lo que es de esta hecha no vuelvo á bajar al sótano.

—¡Cómo! ¿bajó usted al sótano?

—La curiosidad melleó á él. Y la culpa es de esa maldita cucaracha que me vino con semejantes cuentos.

—¿Y qué cuentos fueron esos, vecina?

—Pues me dijo que en el sótano se ocultaba una hermosa serpiente de plata, y quise verla. Pero una vez en aquel antro, no vi nada, porque la obscuridad era profunda. Esperé largas horas. De pronto, cayó

por uno de los respiraderos un astro de oro...

—¿Un astro? ¿cómo es posible?

—¡Vaya! es muy sencillo. ¿No ha visto usted muy de mañana al Alba barrer con su escoba de luz el cielo azul, para que el dorado polvo de astros que flota en él no manche los blancos chapines de Aurora? Pues sin duda aquel astro cayó á la tierra, y rebotando, rebotando, fué á parar al sótano.

—¿No sería alguna colilla?...

—¿Quiere usted callarse? Es imposible que ningún mal intencionado arroje al sótano una chispa... ¡una semilla de incendio! En fin, el caso es que no tardó en formarse en torno del astro de oro una nubecilla blanca que fué agrandándose poco á poco y tomando tonos rojizos, hasta que surgió de sus inflamadas entrañas una culebra de fuego, que se retorció rugiente y con

inconcebible furor se lanzó sobre la serpiente de plata...

—¿Luego, la cucaracha no había mentido?

—No, señora; allí estaba en un rincón del sótano, y confieso que su vista me heló de espanto... ¡Era enorme! Al principio, la creí muerta, pues no hizo el menor movi-





miento ni trató
de defenderse de
su implacable
enemigo; pero
pronto observé
en ella algunas
contracciones de dolor...
¡Ah! no comprendo cómo
hay seres que se compla-

cen en el daño ajeno... Porque, la verdad es que aquella serpiente de plata era inofensiva. Mientras tanto, el humo se hacía cada vez más espeso, y, medio asfixiada, pude ver, como á través de velos rojos, el final de aquella escena de horror. La culebra engendradora por el astro, oprimía entre sus anillos de oro á su víctima, gozándose en su martirio... cuando, de pronto, brotó de una de las heridas de ésta un chorro de agua, que se abrió como un abanico de cristal, y la culebra de fuego se desvaneció en el aire entre chirridos espantosos...

—¡Tate! entonces resulta que la serpiente del sótano era simplemente una cañería de agua...

—Pero la culebra de fuego no lo creía así.

—Y eso la perdió.

—¡Justo castigo del cielo!

—Dice usted bien, — exclamó la araña negra y ventruda. Y agregó filosóficamente: — ¡Cuántos en el mundo buscan el daño ajeno... y encuentran el propio!

Y se lanzó otra vez en persecución de la mosca verde, que seguía brillando como una esmeralda en la mancha de sol...

CASIMIRO PRIETO VALDÉS

Buenos Aires.

Ilustraciones de
GASPAR CAMPS.

LAMÉNTANSE con frecuencia los amantes del arte por el arte, los que detestan con algo de razón cuanto tiende á populachero ó á bastardear lo artístico, por ser grato á las masas incultas, de que se cultive ese género que bien pudiera llamarse mercantil... Y sin embargo, el ejemplo nos demuestra que si algunos grandes artistas no hubieran cultivado la nota popular, hubiesen muerto desconocidos y en la miseria.

Mucha, pintor moravo, á quien algunos tenían por español, es una prueba patente de ello... Su gran cuadro *Defenestración de Praga* en el que se reproduce el acto de arrojar por una ventana á los delegados imperiales que fueron á manifestar al conde de Hurn, la oposición del Emperador Matías á la libertad religiosa de los bohemios, no bastó á darle renombre, á pesar de haber prodigado las copias... En cambio, unas cuantas figurillas dibujadas para anuncios de un papel de fumar y algunos carteles que aparecieron en las esquinas, vallas y puertas de teatros, proporcionaron á su autor la popularidad y fortuna... que no había conseguido en el cultivo del arte serio.

El cartel anunciando las representaciones de *Hamlet* que como pocos de nuestros lectores ignorarán, reproduce la genial figura de Sarah Bernhardt, en dicha obra, venció materialmente al cuadro *Defenestración de Praga*.

No hay, pues, que vituperar tanto, el género popular en todos los órdenes del arte, aquí donde vence, en número de ejemplares vendidos, un Eschich á un Galdós y un Montepín á un Zola ó un Amicis... Esto es triste... pero es cierto; y al pobre artista que del arte vive, no hay derecho á pedirle que perezca de hambre abrazado con los suyos á las columnas del templo de la gloria,

máxime, no estando muy seguro de que su sacrificio ha de ser fecundo en algo.

Mucha, nació en una humilde aldea de Moravia el año 60, día 24 de Julio, aldea llamada Ivancia, si no me es infiel la memoria, é inútil es decir que, partiendo de allí para luchar en el palenque del arte, rudísima batalla hubo de librar para conseguir vencer.

Mucha adora su arte, y en él influye, enamorado de la brillantez oriental, con sombras que la fantasía inherente á los hijos de su raza esparce sobre cuanto dibuja ó pinta.

La majestuosa plasticidad de sus figuras y, sobre todo, las manos de éstas que la crítica ha declarado modelos inimitables, asegurando que sólo Van Dick las pintó mejores, dominan, atraen, con la expresión justa de un movimiento, de un arranque, de un impulso del alma.

Las manos de Mucha... delatan su mano.

Su modelo son las de Sarah Bernhardt.

Una particularidad de Mucha, que revela al observador algo de su buen gusto, algo de su modo de ver y sentir la belleza: odia los pies, considerándolos como una deformación, y procura ocultar discretamente los de sus figuras, siempre que le es posible.

Hoy, Mucha trabaja con ardor en una obra de empeño titulada: *Escenas y Episdios*, sacados de la historia de España é Italia.

Tal vez esta obra no sea un reflejo exacto, por desconocimiento de tales países; pero, de fijo, vencerá como artista que ama el arte y á él se consagra... ahora que seguramente le es posible.

El cartel anunciador, desenterró del polvo del olvido la *Defenestración de Praga*.

No lo olviden los críticos intransigentes.

LUIS DE VAL



PASATIEMPOS

CHARADA

Ya que no puede
segunda que siento
por prima, Lolita,
decirte mi voz;

una flor de *todo*
te envío, cual prenda
eterna y segura
de mi puro amor.

C.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 — Parte de la persona.
- 4 2 3 4 6 — Apellido.
- 1 3 4 6 — Fruta.
- 6 5 6 — Nombre de mujer.
- 4 3 — Nota musical.
- 3 — Vocal.

A. P.

JEROGLÍFICO



Las soluciones en el número próximo.

NOTA. — Esta sección, que en los números sucesivos abarcara toda la página, está particularmente dedicada á los muchos aficionados que tiene el género. Insertaremos por lo tanto en ella los originales que se nos envíen y reunan las condiciones necesarias; mas no los devolveremos, aunque dejen de utilizarse.

FALTA
PAGINA

FALTA
PAGINA